

EXPOSICIONES ESPAÑA



Stan Douglas. *Alma's Beauty College*, 1997-1998

fascinó con su arquitectura a maestros como Le Corbusier o Eric Mendelsohn; la cuna de la *civic coherence* norteamericana, estaba asistiendo a la desintegración de todas las fantasías de progreso creadas a principios de siglo en torno a ella. Como había ocurrido en Texas, el proceso de desindustrialización de las fábricas produjo el éxodo masivo de los blancos, y en consecuencia, el aumento del porcentaje de una población negra cada vez más descontenta. Eran ellos los que habían sufrido en primera persona el crepúsculo de la urbe, "sin trabajo, sin dinero, sin comida...".

Detroit, 1997-1998. Durante una estancia en Windsor, Ontario, el afroamericano Stan Douglas (Vancouver, 1960) decide emprender un viaje a través del río Detroit hasta la capital del estado de Michigan. La impresión causada por la contemplación de un panorama casi apocalíptico, hizo que poco tiempo después decidiera establecerse allí durante dieciocho meses y comenzara a fotografiar los signos de su ocaso.

"Nunca había visto nada así", expresó el artista. Edificios y fábricas abandonadas, teatros reconvertidos en *parkings*, viviendas deshabitadas, calles desiertas... Imágenes que reflejan el gran interés del autor por el modo en que las personas se relacionan con el paisaje metropolitano, pero también por la forma en que las utopías modernistas en torno al urbanismo se vinieron abajo. De alguna manera, las fotografías de Douglas se mueven en el mismo nivel que las realizadas por Walker Evans en Atlanta. Su mirada no sólo testimonia, sino que propone una experiencia visual en la que memoria de los pueblos juegan un papel fundamental en la lectura de la modernidad. **Alberto Sánchez**

Jack Pierson

Galería Javier López, Madrid.
Del 8 de junio hasta el 30 de julio.
En 1977, Roland Barthes nos escribía en su peculiar autobiografía que el único modo de hacernos conscientes de nuestro cuerpo era a través de su imagen, por eso, quizás, siempre le interesaron tanto las fotografías y por eso, también, incluyó partes de su álbum familiar al comienzo de ese extraño diario que no sigue las fechas sino un orden alfabético que se pierde en la traducción. Si no

hubiese incluido esos retratos de él mismo con sus padres, con sus compañeros, solo trabajando, o pintando -una de sus aficiones- lo habría considerado incompleto, porque creía que su imagen, la que daba forma, formaba a su cuerpo, como el texto, ese reflejo en el cristal del objetivo, era parte de su vida, de su yo incierto, de la construcción del sujeto. La autobiografía, como la misma fotografía, como ese álbum de familia en las primeras páginas de *Roland Barthes por Roland Barthes*, a pesar de su presunta objetividad es una ficción, casi una novela escrita en primera persona por un narrador omnisciente.

Jack Pierson, como Barthes, siguiendo una estrategia similar y consciente, ha imaginado su vida, volviéndola a vivir a través de otros, retratando a otros y haciéndoles él mismo. Esta vez sin texto aunque sí con fechas, o por lo menos las que se intuyen por los años de esos hombres, adolescentes y niños que son



Jack Pierson. *Selfportrait # 20*, 2003

él, su autorretrato. Varios autorretratos que siguen las edades de la vida, más reflejos en el turbio espejo laciano que hablan del deseo, del deseo de ser otro y poseer al otro, como en su serie anterior de chicos americanos en la que parece coleccionarlos, o en los desnudos melancólicos de sus amigos y amantes de los 90, instantes detenidos que se han convertido en nostalgia del pasado.

El espectador se convierte en un biógrafo, el que escribe sobre vidas a partir de fragmentos que tienen que completarse, los huecos en las páginas del álbum que hay que rellenar buscando una lógica, un desarrollo que, en una vuelta de tuerca, la del traidor porque traiciona y se traiciona, es de nuevo un relato de vida, el de la necesidad de explicarse uno mismo a uno mismo a partir de los demás. **Sergio Rubira**